



LA COLMENA

Cuando la vida se detiene



Manuel Jiménez Rodríguez
Médico

Cuando la vida se detiene, y se para, y se acaba, y se nos queda en los que seguimos con ella el recuerdo de lo que fue, la pena de lo que no es y la rabia de la que ya no puede ser, entonces, casi sin remedio, nos colocamos en el sitio del fallecido y miramos a nuestro alrededor, a lo que sería el alrededor nuestro, de ser nosotros el que ocupase su sitio. Y, desde aquí, nos imaginamos lo que sería ese silencio forzado por el recogimiento, los que llorarían por nosotros, los que, de nuestra ausencia, harían un vacío, un hueco grande de desamor, otra, su rabia por no seguir con ellos. Y desde allí, desde la realidad del cuerpo ya frío, ausente del pensar y sentir, no vemos nada. Nada. Pasar del todo a la nada: pasar de la risa por cualquier cosa, las ilusiones por hacer diferente nuestro mundo, el de-

seo de abrazos y sudores de placer, el amor repartido entre los seres maravillosos que hemos podido conocer, los planes de trabajo, de ése que cambia las cosas y produce satisfacciones, y de los planes de descanso por la tarde, a la noche, en el fin de semana que vuelve, en las vacaciones que te alborotan; pasar de ahí a algo que es peor que un vacío, algo donde no cabe ni el aire, ni la luz, ni las ondas ésas que viajan por el universo, algo que, como humanos, somos incapaces de imaginar, la nada.

A quién amábamos, en ese amor que va hacia quién nos importa, que viene haciéndonos importantes porque nos deja amarle, a quién buscábamos, en ese querer encontrar la clave de nuestra existencia, de nuestra razón de ser en la rutina a su lado, o en el silencio de los adentros de cada día, a quién nos parecía con derecho a seguir vivo solo por el hecho de quererle vivo

en nuestro mundo, a esa persona que pudiera ser cualquiera de los que hemos, nos han, hecho importantes en nuestra vida, se nos va. Sin remedio, sin, a veces, haberse podido despedir, o a lo sumo con una mirada, su última mirada. Para siempre. A la nada. Mierda de muerte sin sentido.

Y los vivos, los que por ahora lo estamos, a seguir entreteniéndolo nuestra vida, haciendo de cada momento algo intenso, grande en la sonrisa si somos capaces, de brazos abiertos a los que nos quedan, de cuidado de nosotros mismos a sabiendas de que un día nuestro alrededor ya no podremos sentirlo.

¿Será por eso que nuestros mayores apenas hablan de esto? ¿Habrán entendido lo que es la nada? ¿Habrán quitado el miedo a dejar de hacer, de sentir, de ser? A mí todavía me puede el escalofrío de la ausencia.



Otro punto de vista



María Luisa Mayoral González
Auxiliar Administrativo

Quisiera reflexionar y exponer sinceramente y de la forma más sencilla lo que creo que comparte todo un colectivo de profesionales que tiene, nada más y nada menos, la ardua tarea de, no sólo procurar mejorar la vida de los pacientes, sino la de intentar por todos los medios a su alcance, que no la pierdan.

Pues bien, como juez y no como parte, quisiera "romper una lanza" a favor de quienes día a día intentan realizar su trabajo lo mejor posible y quieren cumplir con su obligación que no es otra que atender al paciente en sus necesidades de salud más inmediatas, procurando aliviar y aminorar, en la medida de lo posible, las situaciones que emanan de su estancia hospitalaria.

Somos conscientes de la importancia de la función que desarrollamos. Formamos parte del eslabón de esa cadena empeñada en procurar que la instalación en el mundo de las personas que atendemos sea lo menos ingrata posible. De aquí mi total comprensión para con el paciente y sus familiares. Nadie deberá acusarnos de apatía, insensibilidad, o mala educación; en una palabra, de falta de profesionalidad. La mayoría, por no decir todos, lo que queremos es ayudar al enfermo y a su familia, no sólo en el ámbito profesional, sino también en el humano y afectivo.

Por supuesto que se cometen fallos, algunos de ellos bastante considerables, tanto en este colectivo como en cualquier otro, pero creo que, en general está formado por profesionales honrados y capacitados que atienden a los pacientes tratándolos como se merecen.

Como usuaria, doy las gracias a todo ese colectivo dedicado a esta labor, a veces tan poco reconocida. Como trabajadora, pido perdón por los fallos.

Otegui



Agustín Pijerro Amador
Médico

Hace algún tiempo tuve un sueño en el que compartía una jornada familiar con Otegui y Arzalluz. Javier no tardó mucho en marcharse y tras soltar unos recaditos desapareció. Pero Arnaldo se mantuvo allí, acompañándome por los entresijos de mi mente durante un buen rato. Pudiera pensarse que yo, buen hijo del cuerpo, sintiese completa repugnancia hacia el capricho onírico en cuestión. Sin embargo la experiencia resultó casi agradable, impregnada de un ambiente de diálogo y cierta camaradería con la presunta persona humana. Al despertar, alarmado, no tardé ni dos segundos en ponerlo en conocimiento de la persona más relevante de mi vida. Ella, cabal donde las haya, no dudó en aconsejarme el abandono durante algún tiempo de literatura referente al País Vasco, de la cual últimamente había abusado bastante. Momentos más tarde me encontré con mi psiquiatra de cabecera, como cada mañana laboral desde hace un año, y por supuesto le participé, en ese psicoanálisis matinal al que estamos acostumbrados, de mi experiencia nocturna. El lo veía claro. La bestia tenía un lado positivo y yo aparecía allí como mediador de lo que parece no tener remedio. Tiempo después la bestia sigue tan acémila como de costumbre, el lado positivo lo esconde más que nunca y así, sólo o en compañía de los hechiceros de turno, camina hacia la nada.

unidadindisoluble

Joaquín Gómez Ferreira. Enfermero.



Escuchar



Vicente Robles Alonso
Enfermero

A lo largo de nuestra existencia, hay una necesidad esencial de comunicarnos con los demás. Pasamos gran parte de nuestro tiempo hablando. Al principio, por lo reducido de nuestro vocabulario, acompañamos la palabra con gestos y expresiones que refuerzan lo que queremos decir. A medida que crecemos y ampliamos el número de palabras utilizadas moderamos el acompañamiento gestual, aunque de forma no consciente seguimos intentando obtener de nuestro interlocutor el mismo grado de interés y aceptación que obtuvimos del entorno

con nuestras primeras palabras. En la sociedad actual tendente al individualismo estamos perdiendo el antiguo arte de saber escuchar. Ya desde niños, videojuegos, TV... influyen en el comportamiento social. Al no necesitar actividades grupales para divertirse, se ve mermada la posibilidad de desarrollar habilidades sociales, a la vez que se va fraguando la percepción de uno mismo como "ser autosuficiente".

¿En cuantas ocasiones hemos estado inmersos en conversaciones en las que sin haberlo percibido hemos anulado la comunicación con nuestra actitud?

Puede que esa "autosuficiencia" nos haga monopolizar la conversación, considerando nuestra opinión como la más válida y acertada (minusvaloramos al interlocutor, tenemos la certeza de

saber lo que va a decir...). Puede que dejemos patente nuestra falta de interés con gestos como desviar la mirada, mirar el reloj en más de una ocasión, elementos que quizás pasen desapercibidos, pero suficientemente elocuentes como para romper la comunicación.

¿Nos sucede esto con frecuencia? ¿En el ámbito profesional? ¿En el personal? ¿Realmente sabemos escuchar?

Mirar a los ojos, mostrar respeto y amabilidad hacia el que nos habla, no demostrar impaciencia y pensar que el otro tiene algo interesante que decir, entre otras cosas, haría que quien habla se sienta mejor y quien escucha también.

¿Es difícil? "Un hombre que sepa escuchar, puede oír incluso cosas que aún no han sido dichas".